

LECCION DEL POETA JULES SUPERVIELLE

por
ESTHER DE CÁCERES

HA sido una inspiración feliz de Susana Soca la de reunir a los amigos de Jules Supervielle en este sitio de LA LICORNE, puente vivo entre Francia y la cultura de América del Sur.

Y también la de que esta reunión sea en esta noche y junto a Anne Marie Supervielle, quien podrá llevar a su padre nuestro saludo y nuestro homenaje. Ningún mensajero más precioso pudo haber para el caso. Y esto lo sentimos bien quienes, al contemplar la expresiva iconografía del poeta, nos detenemos muchas veces ante una imagen significativa: entre árboles, o en la intimidad de la casa, o cerca del mar, encontramos la presencia de una Anne Marie niña, como una flor tierna y frágil, junto a la presencia grave y delicada de su padre.

Esas imágenes mantienen en nosotros el recuerdo de un ser único, cuyo conocimiento representa una experiencia de vida y de arte muy singular: experiencia de estilo, diría yo; experiencia de la intimidad noble y sosegada, refugio del alma.

Creo que saben esto y lo sienten bien todos aquellos que se han acercado a Supervielle y han sido felices percibiendo la calidad de su ser y los acentos conmovedores de su amistad.

Se dialoga con él; se le escuchan los hermosos versos dichos con inolvidable voz; y ya no se puede separar nunca más esta poesía del hombre creador, ni se puede dejar de ser su amigo entrañable y para siempre.

Acto realizado en LA LICORNE en honor de Jules Supervielle por el Premio de Poesía de 1955. Dijeron poemas Ana María Supervielle de Paseyro y Luis Supervielle.

Así como con Paul Claudel —a pesar de los intensos temas de sus cantos— no tengo más relación que aquella cruz de ceniza que él y yo recibimos, de manos del Cardenal Suhard, en la Iglesia de Saint Germain l'Auxerrois —en un mismo momento de la Misa por los artistas muertos en aquel año 1950— así con Supervielle tengo yo una entrañable unión, que se funda en admiración respetuosa, en cariño vivo, en una conciencia muy despierta con que miro su obra y su persona y la gran lección que todo eso irradia luminosamente: conmovedora lección para la que Supervielle no ha necesitado intención didáctica, ni énfasis retórico, ni orgullosa voluntad de ser maestro. Todas estas cosas hubieran mutilado a tal lección. Ella sigue, pues, victoriosa y viva, acompañándonos en el sueño, en el canto, en el andar a veces difícil entre las trabas del mundo.

Yo señalaré aquí algunos aspectos de esa lección, que es múltiple y profunda. Y sólo he de referirme a esos aspectos en rápidas e incompletas alusiones que requerirían un mayor desarrollo. Pero las circunstancias esta vez requieren un paso más ágil.

Se ha dicho que la poesía de Supervielle es preciosa y natural. Siempre he admirado en ella este doble carácter. Como el agua, como las hojas, como las piedras misteriosamente cristalizadas: así natural, así preciosa.

El proceso creador en que se trata de llevar lo espontáneo a lo consciente —tal como Juan Ramón Jiménez lo ha dicho— está vivido por Supervielle con una intensidad proporcionada a la vocación. Y no aparecen en la obra de nuestro amigo huellas martirizadas de este pasaje de lo espontáneo a lo consciente; ninguna de las dos raíces pierde su presencia viva. Las dos están allí en el poema, como una sola flor, recién abierta, en su poderosa unidad. Así es como todo ha sido llevado al canto con un sentido profundo, un instinto seguro de la Poesía, una severa conciencia de Arte.

Ya se ha dicho que el lenguaje poético es diferenciado, inconfundible, rescatado para un ámbito solitario; separado del lenguaje conversacional; único en su registro adorable. Pero el poeta verdadero tiene la seguridad de sus medios específicos, el instinto de ellos; y no se siente en su creación el esfuerzo por tal rescate, sino ese aspecto singular del lenguaje que hace del poeta un verdadero fundador, aquel fundador que Heidegger ha evocado con categórica frase inolvidable.

Con lenguaje tan específicamente poético, tan original, Supervielle nos da la realidad más concreta, recreadora y siempre viva, nacida de una

experiencia que el poeta declara con encantadora humildad al referirse a sus fuentes de inspiración.

“¿Los maestros a quiénes debo más? Tengo tanto miedo de olvidar nombres que prefiero no citar ninguno. Y no hay sólo escritores entre ellos. Debo también a los pintores, a los músicos, a los arquitectos, a los países que he atravesado, a las caras que he visto, a las manos que he estrechado. La nube que pasa y la que llega tienen también algo que enseñarme. Tal poema mío ha sido escrito al salir de un concierto; tal otro en un vagón; éste ante la invitación de un mosquito que me despertó a las tres de la madrugada. Sería difícil para mí decir si debo más a Homero que a la línea de transatlánticos que viajan entre Bordeaux y Montevideo”.

Desde estas fuentes camina Supervielle a su expresión poderosa e inconfundible. De ella decía Rilke en su primera carta al poeta, escrita desde Suiza en 1925:

.....

“Después de haber encontrado «El Retrato» en una revista, yo sabía que me gustaría todo lo que usted ha hecho y todo lo que usted va a producir. Y ese poema magnífico me sirve ahora de clave y, por decirlo así, de legitimación, cuando avanzo en su múltiple «recueil» de página en página, ávido de entrar allí verdaderamente y sin ninguna restricción.

Las imágenes que usted somete a sus más secretas intenciones son a veces de un origen talmente alejado y usted las emplea con una audacia de explorador: a veces mi registro demasiado europeo sin duda no tiene la tecla que ellas querrían tocar, pero no dudo de que esa nota sea sin embargo de la misma calidad de la de aquella que, bajo sus toques precisos, mi instrumento da allí donde él es suficiente.

Esto es muy bello; crea una continuidad por encima de los abismos y siento que no se detiene en ninguna parte; usted es un gran constructor de puentes en el espacio; sus arcos son vivos como los pasos de San Cristóbal, ese gran precursor de los puentes y de la poesía que, por su marcha, era uno de los primeros en rimar lo infranqueable. Y usted posee, creo, el secreto de los grandes constructores: lo que le permite remover un formidable peso y depositarlo en el sitio deseado, exactamente, y desviarlo justamente un poco, para que la propia voluntad de esta cosa obediente sobreviva, en algún sentido, al acto autoritario que usted acaba de realizar.

.....

Casi todo el mundo insiste demasiado y llega a dejar las huellas apasionadas de los dedos en la arcilla; es una prueba de fuerza. Pero es

también una prueba de fuerza saber, en el momento dado, «faire comme personne!».

Este difícil desaparecer, en este momento preciso, sin dejar huellas, se relaciona con el amor de la creación que hay en Supervielle, y la distancia estricta con que da, respetuosa y amorosamente, la entidad del objeto llevado a su canto; enriquecido por toda la subjetividad, tocado por los fuegos de la experiencia, incorporado al ser, y vuelto a su primera presencia entrañable. Difícil distancia en la que el objeto no pierde su dibujo, a pesar de que haya sido visto como Poe quería «a través del velo del alma». Supervielle ha dado así junto al dibujo fiel el misterio ontológico, después de buscar ansiosa y tranquilamente la realidad, en su apariencia y en su trascendencia, con un estilo de buscar que le es característico y que Albert Béguin evoca pensando en el Poeta, «ese Gigante que, con una mano extendida a lo lejos, o mismo ya no con una mano sino con una simple mirada, franqueando las distancias va a buscar a los antípodas el color que completará un color de aquí, o en las constelaciones fuera de nuestro alcance, la línea que prolonga una línea trazada a nuestros pies».

Estos elementos complejos, multitudinarios, llegan a la poesía de Supervielle y allí son llevados a un orden, a unas líneas de claro dibujo, en que lo concreto, lo familiar, lo más tierno del mundo se armonizan con los elementos cósmicos, con el gran misterio, como si no hubiera fronteras y como si esta aptitud para recrear la realidad hiciera al poeta capaz de unir las más distantes realidades, las más distantes palabras, las más distantes sombras.

En "La Fable du Monde" nos dice esta doctrina: "Reinventar. Sí; quien dice el poema lo recrea y debe dar la impresión de lo inefable en estado naciente".

Reencontrar ese estado naciente supone también esta lección del poeta: ver como por primera vez; ver como ven los niños. Y él, que ha escrito el hermoso poema de hermoso nombre "Oublieuse Mémoire" ha podido decirnos: "He colaborado mucho con el olvido en Poesía. Olvidando lo elemental, como lo esencial, me digo súbitamente: ¡Mira, hay árboles! ¡Mira, hay mujeres! Y las hay, incluso muy bellas. . . Otro día es un río, un animal, el cielo estrellado los que me maravillan!".

Estos descubrimientos, y otros descubrimientos —porque de libros "penetrables" se trata aquí— llaman a pensar en la relación de esta obra con su creador. La unidad es profunda, inquebrantable. Tal es la prueba tremenda de la autenticidad y la calidad esencial de la Poesía: ella debe ser, absolutamente, la expresión de una criatura. Ella debe ser absolutamente ontológica.

No hay ni un rasgo estilístico en la obra de Supervielle que no tenga que ver con su persona; con su gesto; con su cara, con su voz, con sus huesos. Aquí nos encontramos con la lección fundamental. Hay en Supervielle una humildad, una entrega obediente a la vocación, y —como si por la sangre le corriera el saber profundo de que *servir es reinar*— un señorío que naturalmente trasciende a todas sus actividades. Y este señorío es el sentido de la amistad, de la noble y generosa amistad que aquí hace pensar en la expresión con que se evocaba, en estos días a Julio Raúl Mendilaharsu: "flor de caballeros". . .

Este señorío es también la vida silenciosa, el paso discreto, la predilección por la celda, por la reclusión en la propia poesía. (Ya habló Patrice de la Tour du Pin de "La vida reclusa en Poesía" y vale la pena releerlo. . .).

En el caso de Supervielle el hecho es singular. Porque singulares han sido las circunstancias en que él ha vivido. En medio de ellas, y cuando la tentación del mundo —el enemigo más tremendo del alma y por tanto de la verdadera poesía— lo circuía por todas partes, con todos los declives fáciles, él se ha quedado en su soledad, en su austero estilo de vida, en su entrega a la ardua creación; con una heroica impasibilidad ante todos los llamados y todos los halagos, y como si él tuviera ese don único, verdadero camino de la salvación, difícil don a que se alude en la Bienaventuranza del Monte, cuando se habla allí de "*los pobres en espíritu*".

Como si tuviera ese don —y seguramente lo posee en sutil y misterioso grado, con sutil y misterioso acento— Supervielle irradia para nosotros la calidad personal que este don heroico confiere al hombre.

Quizá por eso es capaz de la amistad entrañable, de la generosidad delicada, y de una gentileza que alguien relaciona con la gentileza española, y que ha dado punto de apoyo para hablar del doble origen, del doble idioma familiar, de alguna fuente viva en remoto Góngora, o en remoto Manrique, en Lope o en Calderón —cosa que habría que estudiar—.

Y es que nuestro amigo, tan francés, tiene en su ser entero algo que le viene de otro sitio. Ese algo es quizá lo que Azorín señaló una vez con agudeza y precisión notables, en el saludo de aquel hidalgo de "Los Pueblos": un matiz sutil que diferencia lo español de lo francés, y que en Supervielle complementa los rasgos específicamente franceses de su persona.

Claude Roy, que ha mirado a Supervielle como el más francés de los poetas españoles, evoca una vez, aludiendo a su fuente sudamericana, aquellas canciones que el poeta escribiera en su infancia con alterno lenguaje, —ya en francés, ya en español. . .—.

Para Roy muchos de los poemas de Supervielle se sitúan en esa frontera de las lenguas "que da a las palabras a la vez su riqueza y su ambigüedad, y ese peso que ellas tienen en su obra".

Pensando en este problema y sacándolo de sus límites estilísticos, yo vuelvo a pensar en la fuente nuestra sudamericana, tan viva en la poesía francesa de Supervielle y en su ejemplar fidelidad a sus fuentes.

En un reciente ensayo habla Mauriac de uno de los más dramáticos problemas de la literatura francesa. Aludiendo a cierta necesidad intensa de vivificarla con aportes de fuera, y refiriéndose a la lección de Dostoiewsky dice sobre la Novela:

“El problema que se plantea en nuestro país para el escritor de imaginación estriba en no renegar nada de la tradición de la novela francesa, y, sin embargo, enriquecerla gracias a la aportación de los maestros extranjeros, y en particular, de Dostoiewsky. Se trata de infundir a nuestros héroes la falta de lógica, la indeterminación, la complejidad de los seres vivos, y no obstante, continuar construyendo, ordenando según el genio de nuestra raza. Seguir siendo, en una palabra, escritores de orden y claridad”.

Ese paso hacia una psicología más plena de misterio, más dramática, fué dado, según creo, por León Bloy, en plena victoria del realismo y del naturalismo francés. ¡León Bloy tenía también sangre española!

En Supervielle, orden y claridad no excluyen este misterio, esta oscuridad intrincada, esta pasión; porque están ligados a una experiencia concreta, atenta y tensa, a una conciencia muy lúcida sobre esta experiencia y sobre esta proporcionada y exacta alternancia de elementos objetivos y subjetivos que se conciertan en su poesía. Él ha dicho en una de sus cartas a Sénéchal: “Durante todo el período que va desde mis dieciocho años hasta el fin de la guerra, no me he atrevido a afrontarme verdaderamente sino raras veces, entre 1902 y 1918”.

Cuando se enfrenta consigo mismo sabe que en el poema el misterio debe ser como una recompensa. “—Me he rehusado siempre a escribir poesía para especialistas del misterio”—.

Y en ese misterio que él da, y que es misterio ontológico, absolutamente compatible con lo que el poema pueda tener de claro en sí mismo, resplandece la presencia de algo que allí está vivo y que él mismo define diciéndonos: “No se trata de pensamiento en poesía, sino de dar en cierto modo su equivalente y la nostalgia del pensamiento”.

Por esto no se trata de Poesía filosófica, y sin embargo puede decirse que “la obra entera de Supervielle precede las búsquedas de la filosofía contemporánea”.

* *

*

Quisiéramos verlo ahora, como en felices días de amistad y de cantos, entre árboles de Carrasco, junto al mar; en su casa recogida de Passy; o en las calles ruidosas, cuando va creando a su paso un ámbito solitario y un aire de islas; un silencio tal como el de aquellas increíbles plazuelas que en medio de un París ruidoso y multitudinario son tranquilos remansos callados.

En esta noche la voz de Anne Marie nos hará recordar más y más aquella presencia lejana y familiar; la presencia con que Supervielle enseña, en un mundo lleno de orgullos, de tropiezos y de fuentes cegadas, la humilde entrega a una vocación; la humilde entrega a la amistad; el amor a todo lo creado; y eso tan fiel, tan dócil, tan conmovedor, que en él nos hace recordar aquella expresión maravillosa con que se denomina, en tradicionales, sagradas páginas a un poeta de Oriente: “Cítara del Espíritu Santo”.

Ninguna expresión más alta para dar la medida de un Poeta.

Ninguna expresión más conmovedora para dar la medida de quien se entrega a la vocación de cantar. Que la obediencia de nuestro Supervielle sea hasta el fin. Tal es el voto con que yo lo saludo en esta noche de homenaje y de cantos.